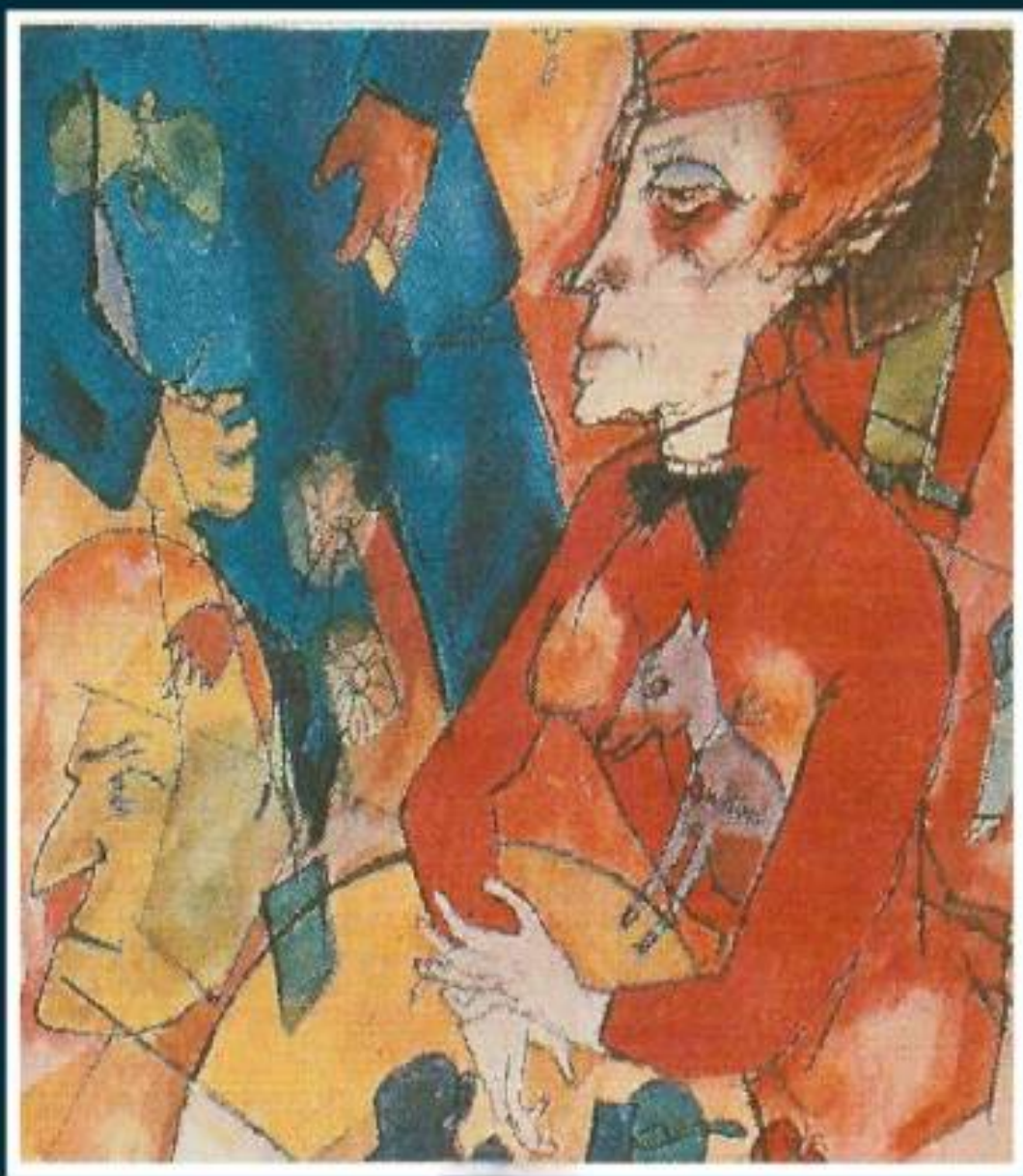


Germán Espinosa
**LOS OJOS
DEL BASILISCO**

Novela



En la presente novela, escrita entre 1983 y 1992, Germán Espinosa –considerado por la crítica tanto de su país como de Europa y de Hispanoamérica como uno de los autores estelares de Colombia en todos los tiempos– revive, con las modificaciones que exige el género, uno de los episodios claves de la historia de su patria. Trocando nombres, fundiendo personajes, adaptando circunstancias, Espinosa simplifica la compleja anécdota y le otorga un latido angustioso de «suspense». Como él se cuidó de expresarlo en cierto conocido ensayo, “toda realidad histórica, al caer entre las coordenadas del tratamiento estético, deviene fabulación”. Además, “el tiempo pasado contiene nuestras semillas, nuestras raíces, el esplendor de nuestros troncos, lo más vital que poseemos para vivirnos en el presente. En él está lo que realmente somos, brotado de lo que fuimos. En él está nuestra cara, en él nació la materia de los ojos con que miramos en el espejo nuestra cara”.

«Los ojos del basilisco» nos presenta, en rápido retablo, lo esencial de la Hispanoamérica del siglo XIX. El título alude, por supuesto, a ese animal fabuloso –el basilisco– al cual se atribuía la propiedad de matar con la vista y que Espinosa convierte en metáfora de ese monstruo implacable que es la sociedad de los hombres.

*A mis detractores, cuyo número crece promisoriamente.
También a esos seres con alma de tumba
que poseen la fuerza del veto y la de
ordenar el silencio y el olvido. Me enternecen
sus asiduos fracasos.*

PREÁMBULO

En épocas diversas, hombres similares dicen o cuentan cosas similares. Cicerón, en el siglo I a. de C., encarece: "De todos es errar; sólo del necio, perseverar en el error" (*Filípicas*, XII, 2). San Agustín, entre los siglos IV y V, discierne: "Humano es errar; perseverar voluntariamente en el error es diabólico" (*Sermones*, N.º 164, sec. 14). Fernando de Rojas, en el siglo XVI, dilucida: "De los hombres es errar, y bestial es porfiar" (*Celestina*, acto I). Yo agrego, tan sólo, que será siempre más saludable un piadoso error que nos sostiene, que una implacable sabiduría que nos destruye.

Por tales razones, me abstengo en el presente relato de tomar partido por ninguno de sus encontrados personajes. Líbreme el cielo de escribir una novela ideológica. Las novelas se escriben para divertir o no se escriben. No resultaría superfino, sin embargo, repetir aquí que un error es tanto más peligroso cuanto mayor cantidad de verdad contenga. Me cuidaré, en cambio, de enviar al lector sugerencia distinta de aquélla de Cromwell a la Asamblea General de la Iglesia: "Te ruego, por las entrañas de Cristo, contemplar la posibilidad de que estés equivocado".

Cualquier semejanza entre ciertos hechos y personajes de este libro y hechos y personajes de lo que alguna vez fue vida real, no será mero azar ni coincidencia. La imaginación, en buen ejercicio de sus derechos, ha deseado, por supuesto, pincelarlos y, sólo hasta cierto punto, inter-

pretarlos. A la postre, las historias son siempre las mismas; sólo cambia el narrador.

G. E.

Frères humains qui après nous vivez,
N'ayez les coeurs contre nous endurcis,
Car, se pitié de nous pauvres avez,
Dieu en aura plus tôt de vous mercis.
Vous nous voyez ci attachés cinq, six:
Quant de la chair, que trop avons nourrie,
Elle est pièce dévorée et pourrie,
Et nous, les os, devenons cendre et poudre.
De notre mal personne ne s'en rie;
Mais priez Dieu que tous nous veuille absoudre!

FRANÇOIS VILLON

Nur der Irrtum ist das Leben,
Und das Wissen ist der Tod.

FR. VON SCHILLER



Silueteadas contra la primera luz del alba, la veleta del campanario derivaba levemente al soplo del viento de la madrugada. El robusto edificio del convento de San Agustín, todo de piedra y ladrillo, podía dar (desde ciertos ángulos, con su iglesia adyacente) la impresión de una fortaleza: era como la gran fachada del barrio meridional de Santa Bárbara. Comunicaba el portón con una plazoleta rectangular, cruzada por el sigilo o por la vergüenza de un riachuelo de aguas envilecidas y pestilentes. Ni un alma se veía a esa hora por la ciudad neblinosa, fantasmal, que parecía tiritar en un desamparo del cual no eran inocentes, por cierto, aquellos aciagos años del primer régimen de Evangelista Niebles.

En el interior del edificio, la celda del prior Facundo Arambarri tenía puerta hacia un frío pasadizo de piedra. En la entreluz había un hombre con una linterna, y un acólito de hábito agustino que llamaba:

–Padre Facundo...

El prior despertó completamente vestido con sus ropajes de la Orden, sin frazadas, sobre un destartalado camastro. Era un viejo de barba entrecana y sucia, y de rostro vencido por la desidia; sus brazos en cruz sobre el pecho sostenían todavía, en portentoso equilibrio, la botella de vino de consagrar que bebía al dormirse.

Su despertar fue sobresaltado.

–Ya voy –gruñó–. ¿Qué pasa?

Al incorporarse, vertió sobre el hábito unas gotas de vino, accidente que le impulsó a asir con mayor fuerza la botella y beber un sorbo antes de depositarla por último –junto a un pedazo de pan mordisqueado– en el velador. La celda, con frascos vacíos desperdigados por el piso, proclamaba el imperio de la incuria. Un gran crucifijo de plata, en la pared, podía compadecerse, sí, con el reclinatorio forrado de felpa; no con el arcón ni con el enorme armario desvencijados, que debían, sin embargo, albergar insospechables tesoros. En el velador, una jarra de agua con pico y una palangana establecían las escasas costumbres higiénicas del monje. Se oyó afuera al acólito:

–Reclaman el viático para un niño moribundo...

Arambarri se sentó en la cama, mareado todavía por el vino, con la boca apelmazada de un regusto a cobre y una desgana infinita por la vida. Debió reponerse de un acceso bronquial que casi le hizo expulsar los bofes, para anunciar:

–Ya voy.

Con esfuerzo agobiador, se puso finalmente de pie. Sus manos, temblorosas e inciertas en la penumbra del amanecer, alcanzaron la jarra y vertieron agua en la palangana. Luego las hundió en el líquido, se inclinó y refrescó la cabeza atormentada. Tomó una toalla de los pies del camastro y la restregó por la cara, para arrojarla después sin saber dónde. Reparó al azar en el pedazo de pan y le propinó un cansado mordisco. Tornó a sobresaltarse al oír el nuevo llamado del acólito. Habló con la boca llena:

–Dije que ya voy –refunfuñó en forma terminante.

Se dirigió hacia el Cristo de plata y se colocó de hinos en el reclinatorio. Enlazó las manos en actitud de orar, pero antes de hacerlo miró al sesgo la puerta y concluyó:

–Antes debo rezar la oración matinal.

Atenuado por la neblina madrugona, empezaba a calentar muy débilmente, tras el sueño pesado de los cerros, el sol de marzo de 1849. Se abrió la portezuela de la hoja derecha del portón y salió por fin el prior Arambarri, en las manos el copón con la eucaristía y en las piernas un andar desmañado; le seguían el acólito que agitaba la campanilla del viático y Gregorio Marín, el hombre de la linterna, que ahora había sido apagada.

Anduvieron en silencio por las callejas desoladas, medio afantasmadas por la neblina y por ladridos de perros planetarios. El sonido de la campanilla despertó a Tomasa Baccellieri en su habitación en tinieblas. Era una vieja artrítica y malhumorada, de rostro agrio, demasiado zarandea-da por la pobreza y por las enfermedades. Incorporó la cabeza, escuchó, se persignó. Gritó:

–Despierta, Micaela, que pasa el viático.

Micaela se encontraba despierta en su lecho, con la mirada fija en las vigas blanqueadas de donde pendía un candelero con una vela encendida. Era una muchacha de escasos dieciséis años, de impetuoso aspecto campesino y no exenta de cierta belleza montaraz. Sin apartar del techo los ojos, de habitación a habitación, respondió:

–Lo oigo, tía Tomasa.

La voz de la anciana la hizo retirar la mirada de las vigas.

–Levántate y arrodíllate.

La joven, cubierta por un camisón de dormir, apartó las trazadas y obedeció de mala gana. En la calle, de casas encaladas que se esforzaban por recatar la miseria, un perro escarbaba en un bote de basura. Súbitamente volvió el rostro rencoroso para encarar a un segundo perro que merodeaba. Se ladraron; amagaron con embestirse. El viático emergió en ese instante por la esquina y la presencia del trío que lo conducía amilanó a los gozques. La procesión pasó frente a una puerta donde, arrebuja-do, tiritaba y resoplaba un sereno. El hombre se santiguó. Desde su ha-

bitación, Tomasa Baccellieri oyó extinguirse a lo lejos la campanilla. Ordenó:

—Ahora, duérmete otra vez.

Como no respondiera la muchacha, habló imperiosamente:

—Avísame cuando te hayas dormido.

A medida que el peso de la lógica lo reincorporaba al ámbito familiar de su alcoba, la alarma fue mitigándose en los ojos, grises y compendiosos, de Saturnino Torrealba. Desde su posición en el lecho, con la cabeza hundida en el almohadón de plumas, podía percibir ahora el bulto tranquilizador de su mujer dormida a su lado y, llegándole desde las habitaciones exteriores a través de la puerta vidriera, el rayo amarillo y rancio de una lámpara. Por supuesto, se había tratado sólo de un sueño, de un sacudón de su conciencia. Dentro de uno, se dijo, hay otro uno que está contra uno, y ese sosías se jacta de ser el oráculo de Dios. La reflexión, aunque sólo a medias lo convenciera, tornó a encabritarlo.

¿Por qué había regresado ese sueño? Unos diez años atrás, había llegado a acostumbrarse a él, a hacer íntima mofa de él, como solía hacerla de todo aquello que intentase contradecir sus convicciones profundas. La visión optó por no reaparecer. Hoy, en cambio, había surgido más nítida que nunca, cual si quisiera restablecer sus dominios antiguos, empozarse otra vez en lo hondo suyo para así estropearle, en estos días en que su fama fulguraba, el sabor de la felicidad. Se incorporó en el lecho, con esa gana vaga que, muy a pesar suyo, lo asediaba a veces de encontrar a toda cosa explicaciones ocultas.

Era la palabra *conciencia* lo que, tal vez, lo conmovía. En su juventud, no tan lejana como lo quisiera, había logrado apaciguar la suya habituándose a la idea de que la doctrina católica, que bebió tanto en sus padres como en

sus maestros de escuela, en sus profesores del liceo y en las cátedras universitarias, podía ser reemplazada por un cristianismo más general. En este último, según su programa apaciguador, podían tener cabida tanto Voltaire, Diderot y Volney como Bentham y Stuart Mill. Lo complacía juzgarse a sí mismo, al fin y al cabo, un individuo por encima de las viejas mojigaterías que España implantó en estas tierras, por encima del confesionalismo que tantos males había acarreado a sus compatriotas. Un individuo, en fin, civilizado, que había desbrozado su mente de toda maleza fanática y la había macerado en postulados empiristas acordes con su tiempo y con "la sola filosofía posible", según la cual sólo deben considerarse filosóficas las demostraciones de las ciencias particulares.

Y, no obstante, una zona de su mente seguía empeñada, a no dudarlo, en la busca de ocultas explicaciones. En tratar de descifrar, entre otros, el posible significado de los sueños, de esos aludes de imágenes anómalas que perturban el dormir sosegado y que, de tiempo en tiempo, nos inquietan más que la realidad y que llegan hasta a alquitarar esa realidad y, en ocasiones, a anticiparla. Imágenes tanto más preocupantes en la medida en que perseveran y se duplican; en que no naufragan en últimas con el despertar, sino que demoran en la fantasía y resurgen dos, tres meses o bien diez años más adelante, perfectamente iguales y sincrónicas, tal como una pintura que hubiésemos olvidado y de improviso viésemos otra vez y que renovase en nuestro cerebro todas las inquietudes que antes engendró. Era el caso del sueño de esta madrugada, sepulto una década atrás y ahora exhumado por un capricho, sin duda misterioso, del mecanismo cerebral.

En ese sueño, él en persona ordenaba el ajusticiamiento de una ciudad, que poco después ardía por los cuatro costados. La agonía de sus moradores, engullidos por las llamas, le causaba un malsano placer que, poco a poco, iba tornándose en enervamiento, el cual se trocaba a su

vez en carcajada satánica. En este punto, la repugnancia que él mismo se inspiraba, revolcándose en un súbito estercolero mientras oía gemidos de niños y de mujeres, inducía el violento regreso a la realidad, con la alarma magnificada en los ojos. La visión no parecía compadecerse con sus sentimientos, normalmente mesurados y reflexivos, él diría incluso que humanitarios, mas poseía la malévolva virtud de hacerle dudar de su genuino natural. Si en ella se conducía de aquella monstruosa guisa, ¿no era inferible que en lo profundo de su ser palpitasen instintos bestiales, esos mismos que creía advertir en tantos compatriotas suyos y que lo afincaban en la idea de que una rígida disciplina social era menester en estas incipientes comarcas pervertidas por la Colonia?

Existía una postulación, que los antiguos habían acariciado y consentido con fruición y consuelo, para la cual los sueños constituían un oráculo divino. En Suetonio había podido comprobar de qué modo sucesos decisivos de la política imperial de Roma fueron precedidos por tumultuosos sueños. En los santuarios de Asclepio, los enfermos impetraban del dios médico un sueño que les trajese una señal reveladora del mal que padecían. Aristóteles y Cicerón escribieron inquietantes libros sobre la materia. Ello para no hablar de Gedeón, que en sueños recibió la orden de erigir el santuario de Ofrah, ni del niño Samuel que en Siloh, mientras soñaba, conoció el atroz destino que aguardaba a la casa de Eli, el sacerdote. Su propia mujer, la desenfadada Agustina, ¿no supo en sueños que daría a luz gemelas? Se volvió hacia ella, que ocupaba el lado derecho de la cama, y verificó su respiración plácida, indicio de que la visitaban sueños gratos o de que, acaso, no soñaba.

Ni el más pertinaz empirismo podría librarlo de esta inquietud. El sueño recurrente deseaba prevenirlo de algo. También, a lo mejor, era sólo residuo del pasado. Treinta años atrás, cuando apenas contaba catorce, Saturnino To-

realba había participado en un festín que por entonces se le antojó justiciero y que luego supo execrable. Un jubilo- so impulso inspirado por los triunfos de los huestes liber- tadoras, determinó al estudiante a enrolarse con los victo- riosos. En sus retinas titilaba una especie de premonición de gloria. Para salvaguarda de su vida, ya que era hijo de notables, no se le condujo a los campos de batalla, sino que se le asignó a una de las guarniciones capitalinas. En cumplimiento de su deber tuvo, sin embargo, que formar parte del pelotón que ajustició a cerca de cuarenta oficia- les españoles, por mandato del gobierno patriota. La ac- ción fue objeto de un dilatado debate, entre quienes la consideraban inevitable y quienes la reputaban una ma- sacre. No era este dilema lo que asediaba su sensibilidad; ni siquiera la horrible memoranza de los cráneos rotos y ensangrentados por la descarga. Aunque no lograba apartarlos de su dolorido recuerdo, lo atormentaba más el hecho de haber muerto aquellos soldados del rey entre ví- tores de una muchedumbre ebria de gozo.

¡Si al menos aquél hubiese sido un día de lágrimas y de luto! Pero no. Cánticos jocundos, vivas a la libertad, al- borozo populachero agravaron la agonía de aquellos salu- dables moribundos y corearon luego el sonido seco de las descargas. Los cadáveres fueron vejados cuando abando- naban la plaza de San Francisco hacinados en carretones de basura. A tal extremo el fanatismo había pervertido los sentimientos, que él mismo recordaba haber participado de ese júbilo atroz; de ese horroroso deliquio que hoy só- lo le dejaba el sedimento amargo de haberse dejado po- seer por pasiones culpables. Decidido a no rehilar sueño, a no dejarlo insistir en las imágenes (que intuía sucedá- neas) de la ciudad arrasada, saltó con premura de la cama y, viendo el alba amarilla y blanca, aventajando a la nebli- na, filtrarse ya por la ventana, se dirigió al cuarto de baño.

Entonces oyó a lo lejos, él también, las campanillas del viatico.

Era un cuarto sin ventanas, que comunicaba únicamente con el taller de zapatería. En una estera desflecada, que servía de lecho a toda la familia, yacía el cadáver de un niño de diez años, con señales ya borrosas de varicela. Había unas cuantas vasijas desportilladas tiradas aquí y allá, una bacinilla sin esmalte y un baúl a punto de derrumbarse.

Francisco Bocanegra, de pie, observaba con rostro duro el cuerpo sin vida de su hijo. Era un zapatero arruinado que cubría sus harapos con una ruana oscura. De rodillas, andrajosa también, con la cara arrasada de lágrimas, María Salomé, su mujer, imploraba:

—Dios mío, recíbelo en tus manos misericordiosas...

Con el puño cerrado, Bocanegra golpeó brutalmente la endeble pared, que rezumaba humedad, en gesto de impotente rabia. En la zapatería, sentados en cajones o en una que otra banquetta de madera, tres hombres y dos mujeres, cabizbajos, con señales de no haber pegado los ojos en toda la noche, fueron sorprendidos por la llegada del viático. Velas prendidas inundaban todavía de un olor a sebo el recinto.

Arambarri dejó que su silueta se proyectara por un instante, a contraluz, en el umbral, como para afirmar ante todo el peso de su investidura. El primero en hablar fue un hombre que, a pesar de su aspecto lúgubre, era el menos astroso de los presentes. Conservaba sobre la cabeza un decrepito sombrero de copa, de felpa gris, y sobre los hombros una raída capa española de cuello de piel de perro. Calzaba unos burdos zapatos herrados y las uñas de sus manos, que movía con cierta lentitud declamatoria, se advertían ribeteadas de negro. La indumentaria le imprimía un aire como de murciélago, o de pájaro agorero, o de empleado de funeraria. En cualquier forma, de hombre que desesperadamente intentase conservar un atisbo de

decoro exterior. A un buen observador no hubiese escapado que su solemnidad y su afectación provenían, sin duda, de una timidez agarrotante fundada, quizás, en un implacable orgullo.

–Llega tarde, padre Facundo –dijo–. Murió hace como media hora.

Fue el hombre de la linterna apagada quien respondió, palideciendo:

–Fui lo más rápido que pude. El padre tardó en salir...

Arambarri, despreocupado ahora de su investidura sacerdotal y más interesado probablemente en hacer valer su condición de hermano de una heroína de la patria (la maestra de escuela y mártir Anastasia Arambarri, que pasaba a los patriotas información sobre los movimientos de los realistas en la guerra de Independencia), paseó trémulo la mirada por los artesanos Jesús Calzadilla y Segismundo Otero, así como por Edelmira y Erna, sus mujeres, que lo observaban con reproche y azotamiento. Sus indumentarias no eran más que remiendos descoloridos. Luego observó al hombre del sombrero de copa; detuvo la vista en su afilado rostro de pájaro nocturno, en sus ojos inmensos y amarillos, en su chivera entrecana que le temblaba al hablar. Hubiera querido ahogar las palabras de Gregorio Marín. Dijo en alta voz.

–Le impondré los óleos.

Avanzó hasta la habitación donde yacía el niño. Bocanegra se hallaba ahora en la puerta interior y se apartó para que siguiera.

–Quién lo creyera –musitó entonces Edelmira, como para disipar la inquina hacia el ministro de Dios–. Una simple varicela.

Bocanegra se debatía en una ira sorda.

–No fue la varicela –exclamó al fin–. ¡Lo mató el hambre!

–La miseria lo mató –opinó Calzadilla–. Murió sin atención médica.